

Crónica sentimental de la argentina peronista

SEXO, INCONSCIENTE E IDEOLOGÍA, 1945-1955



Omar Acha

prometeo
libros

CRÓNICA SENTIMENTAL DE LA ARGENTINA PERONISTA

SEXO, INCONSCIENTE E IDEOLOGÍA, 1945-1955

Omar Acha

CRÓNICA SENTIMENTAL DE
LA ARGENTINA PERONISTA
SEXO, INCONSCIENTE E IDEOLOGÍA,
1945-1955

prometeo)
libros

Acha, Omar

Crónica sentimental de la Argentina peronista : sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955 / Omar Acha. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-267-6

1. Historia Política Argentina. I. Título.

CDD 320.0982

Cuidado de la edición: Magalí C. Álvarez Howlin

Armado: Mabi Fraga

Corrección de galeras: Eduardo Bisso

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadiez.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

INTRODUCCIÓN	
Crónica, sexo y política.....	9
CAPÍTULO 1	
Mujeres migrantes en los orígenes del peronismo	29
CAPÍTULO 2	
Las sirvientas asesinas: <i>mal paso</i> , delito y experiencia de clase	63
CAPÍTULO 3	
Madres solteras y desorden familiar en celuloide	129
CAPÍTULO 4	
Hinchas que aman a los hombres: la <i>otra escena</i> del sentimiento peronista... ..	183
CAPÍTULO 5	
Ambivalencias del deseo, homosexuales y retórica política	229
CAPÍTULO 6	
Imaginación estatal y sentimiento ideológico	277
CAPÍTULO 7	
Mutaciones de la sexualidad en el desfiladero de la política.....	353
EPÍLOGO	
Entretelones emocionales y políticos del peronismo.....	391

INTRODUCCIÓN

Crónica, sexo y política

¿Qué es el peronismo? ¿Qué peculiaridades caracterizan en su seno al “primer peronismo” de los años fundacionales? ¿Es la forma específica de la socialdemocracia argentina en el siglo veinte, sucesora de una primera factura radical-yrigoyenista? ¿Es un populismo latinoamericano anclado en la industrialización o en un tejido discursivo? ¿Su trayectoria es semejante a otras formas capitalistas de incorporación obrera o es un hecho intransferible, por ende solo aprehensible con categorías autóctonas? En todas estas preguntas, algunas entre las tantas posibles, se abren y se cierran posibilidades de entendimiento. Pero la diversidad de interrogaciones comparte una médula problemática. En el “es” de lo que se atribuye al peronismo se plantea mal el asunto en cuestión y se condena al fracaso la investigación encarada. Porque un rasgo decisivo del peronismo, como todo acontecimiento históricamente significativo, es su emergencia en los plegamientos de una pluralidad temporal.¹

El peronismo no compone una realidad palmaria que está *allí*, una sustancia histórica en el pasado ante la cual el pensamiento laborioso en los archivos se reconoce en su capacidad reflexiva. No es una entidad objetiva y estable, un cuerpo en el pasado. Es una realidad histórica mutante, aunque

¹ La multiplicidad del tiempo histórico es un tema de reflexión sobre el que contamos con insumos, creo que tentativos, provenientes de diversos saberes y declinaciones. Karl Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* (1852), en *Marx-Engels Werke*, Berlín, Dietz, 1960-1980, Vol. 8; Sigmund Freud, *Aus der Geschichte einer infantilen Neurose* (1918), en *Studienausgabe*, Frankfurt/Main, Fischer, 1969-1972, Vol. 8; Aby Warburg, *Ausgewählte Schriften und Würdigungen*, Baden-Baden, Valentin Koerner, 1992; Walter Benjamin, *Das Passagen-Werk*, en *Gesammelte Schriften*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1982, Vol. 5; Daniel Bensaïd, *La discordance des temps. Essais sur les crises, les classes, l'histoire*, Paris, Éditions de la Passion, 1995; Jacques Rancière, “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, en *L’Inactuel*, N° 6, 1996; Georges Didi-Huberman, *Devant le temps. Histoire de l’art et anachronisme des images*, Paris, Minuit, 2000.

en modo alguno es informe. Por eso me resisto a disolverla en sus relatos o en la multiplicidad de los puntos de vista “nativos”. El peronismo es muchas cosas, y entre ellas no son las menos salientes los esguinces en las maneras de retratarlo, de explicarlo y recordarlo, de ensayar elucidaciones del mismo. Las imágenes del primer peronismo traccionan viejos y nuevos incordios. Dado que nuestro saber al respecto brota del entrevero de las interpretaciones, pareciera que el peronismo es un relámpago que cabriolea en el embate de espadas hermenéuticas. Pero sucede que ninguna de las interpretaciones, ni la adición de todas ellas, lo agota completamente. Es eso lo que obliga a investigar una vez más.

Tampoco es el peronismo el hogar en que habita la radiante memoria de un pueblo compacto, liberado de los tajos inclementes que le infiere el antagonismo de clases, esa herida del capital. Por eso pocas convicciones son más inútiles que el reclamo de comprender desde adentro una creencia inmune a la teoría crítica. Tal es la razón última de por qué la identidad peronista —o su antípoda antiperonista— es una garantía insuficiente para producir investigaciones reveladoras sobre el propio peronismo. No es que sea un obstáculo, mientras se avenga a sorprenderse ante lo real irreductible a las tersuras de la identidad.

El uso del concepto de “identidad” en esta crónica no refiere a lo idéntico a sí mismo, a lo esencialmente propio, pues si hay algo así como una “identidad peronista” por cierto que el método, la teoría y el archivo aquí utilizados serían inadecuados. Entiendo por identidad la refiguración narrativa de un precipitado de identificaciones operantes alrededor de una fórmula reiterable, sometida a las contingencias prácticas, y sin embargo reconocible en el tiempo.

En su multiplicidad, el peronismo es también una matriz simbólica que persevera en el tiempo a través de sus representaciones, de lo que se dice de él y de lo que se calla, mas también de lo que es imposible enunciar definitivamente. No hay ningún relativismo postmoderno —“solo hay comentarios”, “todo es ambiguo”, y así— en sostener que las narraciones del peronismo constituyen un campo de batalla político-cultural decisivo para moldear su signo histórico. Por eso no podemos satisfacernos con destacar sus incertidumbres ni con diluirlo como mito. O en todo caso, del mito entendido como falsedad, equivocación e incluso engaño. Un mito es real cuando se hace cuerpo con procesos históricos. En otras palabras, cuando deviene ideología y di-

seña las referencias persistentes de una experiencia colectiva. Y es en la explicación de la fuerza ideológica que presta auxilio la coincidencia teórica donde están citados, aquí, el marxismo y el psicoanálisis: la historia mítica es eficaz porque así se presenta, reiterándose, la dinámica dominadora que construye sujetos sociales.

Para entender históricamente al peronismo es inevitable recurrir al lenguaje. Pero además de los clásicos dilemas filosóficos sobre la imposibilidad de cualquier referencia lingüística por fuera del lenguaje, incluso para el realismo metafísico más convencido surgen ulteriores vacilaciones con el empleo del vocablo “peronismo”: a la vez o sucesivamente doctrina, gobierno, identidad político-cultural, Estado, movimiento político y mentalidad. La plurivocidad semántica del término “peronismo” desafía la exigencia de precisión en los protocolos científicos tradicionales. La escritura lineal no es del todo apropiada para estipular a cada paso los alcances del “peronismo”, a riesgo de componer un archipiélago narrativo extenso embrollado por notas y aclaraciones. Espero que los encuadres contextuales restrinjan la flotación conceptual aclarando situacionalmente su alcance.²

Me interesa investigar el mito peronista como construcción eficiente, productora de creencias perdurables pues también eso fue y es el peronismo. Y aunque las significaciones del primer peronismo no están encapsuladas en el período 1945-1955 –pues algunas dimensiones suyas se manifestaron con retardo, otras ocurridas durante la década fundacional fueron reinscriptas retroactivamente– el recorrido propuesto se detiene apenas caído el gobierno en septiembre de 1955.

Sucede que incluso para el primer peronismo es preciso restituir la materialidad de su formación en temporalidades colectivas. De allí que los resultados de esta crónica sean necesariamente provisionales y vulnerables respecto de investigaciones sobre diferentes momentos de los ciclos del peronismo. No

² Cuando pensé esta investigación como una “tesis”, dos décadas atrás, imaginé que su “defensa” requeriría una breve exposición ante un *jury*, pero que eso sería solo un momento del evento académico. Pensaba que la mejor performance del estudio sería una obra teatral en tres actos (la discusión de una sirvienta con su patrona en 1945, las conversaciones de barra esquinera en 1951, un debate obrero tras la quema de una iglesia en 1955), puesta en escena durante la ocasión, en un aula enmarcada por grandes fotografías de la época y con sillas para sobrevivientes reales con los que se pudiera conversar sobre sus recuerdos de mediados del siglo veinte. Encanecidas esas ambiciones juveniles, sin embargo las prevenciones contra la linealidad empobrecedora del lenguaje continúan vigentes.

obstante que dicha precariedad interpretativa delate sus incertidumbres académicas (debido sobre todo a los estándares hegemónicos de demostración científica) es también el índice paradójico de su veracidad freudiana al desnudar la función de “supuesto al saber” de quien escribe y de quien lee. No empleo entonces el psicoanálisis como “caja de herramientas”, ni incluso en la más sofisticada propuesta de Michel de Certeau de inquietar la epistemología historiográfica tradicional. En mi opinión la propia temporalidad historiadora, tal como predomina en su estatus científico estándar, requiere una subversión y no deberíamos estabilizarla en contraposición con otras temporalidades.³

Pero entonces, si el primer peronismo no fue solo contemporáneo a sí mismo, si su aliento no se desarrolló en una corriente unívoca, ¿qué fue? En ocasiones emplearé la expresión “complejo peronista” en el combate contra los límites de la representación escrituraria. Pienso que la noción de “complejo”, inicialmente acuñada por Carl Jung y desarrollada por Sigmund Freud, hace justicia a la interconexión abigarrada de temporalidades, texturas económicas y sociales, contingencias del antagonismo y representaciones pulsionales en las que se configura eso que llamamos “Argentina peronista” del período 1945-1955.⁴

El peronismo es inseparable del sentimiento. Por cierto que nada aclara al respecto recordar pliegues de esa misma convicción como la del sindicalista Lorenzo Miguel cuando comparó el ser peronista con el “ir a comer ravioles los domingos con la vieja”. Quiero reponer su extrañeza respecto de nuestras concepciones, intentar el ejercicio antropológico de elaborar su misterio restituyendo la distancia que nos separa de su advenimiento. Solo así se percibirá el reverso de la ocurrencia de Miguel, su sombra de dominio.

³ M. de Certeau, “Ce que Freud fait de l’histoire. A propos de ‘Une névrose démoniaque au XVII^e siècle’”, en *Écriture de l’histoire*, París, Gallimard, 1975; del mismo autor, *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard, 2002; en la misma línea, Joan W. Scott, “The Incommensurability of Psychoanalysis and History”, en *History and Theory*, Vol. 51, N° 1, 2012.

⁴ C. G. Jung, *Diagnostische Assoziationsstudien*, Leipzig, J. A. Barth, 1906. Luego de la ruptura con Jung, Freud criticó el concepto por sus inclinaciones míticas. En mi opinión toda su noción de tiempo e historia continuó lidiando con la “complejidad” del acaecer subjetivo. S. Freud, “Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung” (1914), en *Gesammelte Werke*, Frankfurt/Main, Fischer, Vol. 10, pp. 41-113. He estudiado el tema en mi libro *Freud y el problema de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

Aquí ensayaré, pues, una crónica de la emergencia *originaria* del “sentimiento peronista”. Descifraré la circunstancia autóctona en que fraguó su trama emotiva o *pathosformel*—esa aglomeración de semblantes afectivos incrustados en la transmisión colectiva de moralidad ideológica—. Desde luego, al alegar esto supongo que la trama emotiva propuesta por Aby Warburg en la historiografía del arte anunció temas fundamentales para el análisis de lo político y lo ideológico. La novedad warburguiana, digo, no se agota en la historia del arte y las imágenes.⁵

Plantarse como cronista supone renunciar al deseo de contarlo todo. Solo Dios podría relatarnos todo. Al mismo tiempo, la crónica contiene una ambición imposible. Aunque es relegada como un género menor, o es exiliada a los endeble escritos del periodismo lanzado a la redacción de “escenas”, constituye una empresa difícil. Entraña seleccionar los temas de una imagen que con pocos elementos capta lo fundamental de un enigma. Escribir una crónica no consiste en vagar a la bartola por los archivos y copiar los pasajes atractivos. Benjamin apuntó que la historiografía “materialista” accede a sus fuentes con una “armadura teórica”.⁶

La crónica pondera imágenes de una época y no esa misma época como una totalidad plena. Escribir crónicas se parece mucho a narrar historias mínimas. Pero no necesariamente se refugia en microrrelatos discretos. Su maniobra es una aventura guerrillera que asedia selectivamente nudos candentes de una experiencia histórica. Requiere de alguna paciencia en el público lector, pues solo al final de la crónica fragua el bastidor de la multiplicidad aparente restituyendo la complejidad fluyente del proceso histórico. Puesto que carece de la ingenuidad empirista, mi trabajo inscribe críticamente su tema en el proceso de socialización y psicologización adaptativa a un mercado en reproducción, a una valorización objetiva y contradictoria puesta al servicio involuntario del capital. Contingencia y sistema son las dos caras de una misma crónica. Es fundamental contener ambas para desocultar su maderamen profundo de sujeciones psíquicas, económicas y políticas aún vigentes.

⁵ Además de la citada recopilación de escritos warburguianos, véase G. Didi-Huberman, *L'Image Survivante. Histoire de l'art et temps des fantomes selon Aby Warburg*, París, Minuit, 2002; Giovanni Careri, “Aby Warburg: Rituel, *Pathosformel* et forme intermédiaire”, en *L'Homme*, N° 165, 2003; José Emilio Burucúa, *Historia, arte y cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

⁶ W. Benjamin, “Über den Begriff der Geschichte”, en *Gesammelte Schriften*, ob. cit., Vol. 1, p. 695.

Del primer peronismo, del período fundacional de la Argentina peronista, un país en cuya serie de recelosas figuras históricas aún vivimos, se han ensayado numerosas explicaciones. Sus temas fueron extremadamente variados, y las elucidaciones se multiplicaron. Algunas insistieron sobre las condiciones económicas y sociales del populismo impulsado por el proyecto político de Juan Perón. Otras sobre los fundamentos de clase o los enclaves corporativos de la alianza peronista: la clase obrera, los industriales, la Iglesia Católica o las Fuerzas Armadas. Otras, a su turno, esbozaron comprensiones de naturaleza cultural o psicológica, tales como el reconocimiento de los pobres, la nacionalización de la clase obrera o la imposición de una nueva identidad nacional de corte popular. Finalmente, también se encuentran relatos sostenidos en el clásico enfoque biográfico: la historia del peronismo contada como trasfondo de la vida de Juan y Eva Perón.⁷

Cada una de esas reconstrucciones alternativas, o una feliz reelaboración de todas ellas en una fórmula ecuménica, constituye un aporte para la explicación del primer peronismo. A la vera de una historiografía en progresión, aquí transitaré una dimensión crucial de la experiencia popular fundacional del peronismo. Conciérne a los anclajes eróticos y emotivos de la mutación histórica desplegada conflictivamente desde 1945. Sin una comprensión de los aspectos sexuales y morales de la política en la Argentina peronista, se extravía el meollo de su caecer entre la clase obrera, la clase que a pesar de tantas metamorfosis fue y sigue siendo el sostén del peronismo.⁸

Sé de antemano que este libro será leído por quienes conciben la historia social de la clase obrera con anteojeras esencialistas como un texto de historiografía cultural y política. Nada más equivocado. En toda la presente investigación

⁷ Para un estado de la cuestión sobre la historiografía reciente, véase Raanan Rein, Carolina Barry, Nicolás Quiroga y O. Acha, *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

⁸ Entiendo por *clase obrera* a las mayorías que deben vivir de un trabajo asalariado (o mediatamente dependiente del régimen salarial) debido a la apropiación de los medios productivos por el capital. La clase obrera así definida excede largamente al empleo industrial. La determinación económica no agota las condiciones de la existencia proletaria. En materia ideológico-política, el alcance de las identificaciones varía de acuerdo con el tono logrado por los proyectos hegemónicos. Veremos que la generalidad nacional reclamada por el peronismo no se delimitó a los contornos de la clase obrera sino que enunció un “pueblo trabajador”. Aunque en modo alguno fue una creación suya, Perón utilizó la noción de “pueblo trabajador”. Por ejemplo en sus alocuciones del 7-3-47, 11-1-48, 1º-5-53, entre otros; también Eva Perón lo empleó con frecuencia, especialmente en su último discurso público, el 1º-5-52.

he tenido como meta esclarecer la auténtica experiencia del proletariado argentino en las grandes ciudades y aún más allá. Solo que para dar cuenta de sus nexos históricos creí necesario recurrir a conceptos que a la observancia tradicionalista parecerán, me temo, incomprensibles o completamente secundarios. He decidido prestar toda su relevancia al sentimiento no porque, como se suele sostener desde el *emotional turn*, supone una alternativa a la historiografía social (léase marxismo), sino porque desde otra perspectiva impone captar un rasgo crucial de la experiencia histórica de clase.

Sabemos poco sobre el erotismo en la política porque, más ampliamente, falta una teoría que agote las incumbencias del amor. El amor es uno de los nombres de la sexualidad entendida, según lo sugirió Sigmund Freud, como una red amplia de flujos emocionales enervados ante el abismo de la diferencia sexual. Una peculiaridad del peronismo fue la intensidad con que se vio inmerso en una componenda de prácticas y representaciones eróticamente relevantes. Sobre las modalidades y formas asumidas por esa dimensión fundacional del peronismo nuestros conocimientos son preliminares. Las tradicionales alusiones a la sentimentalidad o melodrama de Eva Perón proveen referencias insuficientes y generalmente superficiales.

Los vínculos entre erotismo y política aparecen con diferentes énfasis en todas las formaciones ideológicas modernas pues si pertenecen al mundo social es que detentan cargas afectivas. Intentaré desandar las maneras en que se estructuró en la experiencia popular del primer peronismo un singular ensamble de política, sexualidad y afecto. La meta será dar cuenta de las condiciones de aparición del *sentimiento ideológico*, un concepto decisivo para comprender el subsuelo inconsciente de la política moderna. Ese sentimiento no emanó desde un fondo sustancial y enigmático. Circuló en acciones y prácticas discursivas entreveradas en las entrañas de la existencia histórica. Por eso puede ser rastreado a través de los indicios, usualmente fragmentarios, y de restos del pasado legibles en nuestro presente: en alguna esquina de las noticias periodísticas, en los entresijos de cartas privadas o públicas, en acosos sexuales y pullas violentas denunciadas ante la policía, en imágenes cinematográficas y en caricaturas, en fin, desde las numerosas huellas en que trozos de la sensibilidad emocional estuvieron cosidas con las trastiendas de lo político.

¿Se trata de añadir a lo sabido un capítulo en torno de una temática poco explorada? He hablado bien de la pendiente bibliográfica en los estudios

sobre el peronismo. Pero no pienso este libro como un “aporte” o una “contribución” a la historiografía especializada. Seré explícito respecto de las interpretaciones del primer peronismo que tengo en mente: aquellas buenas lecturas progresistas que lo inscriben en una etapa evolutiva, ciertamente problemática, en el despliegue de ciertos valores morales: democratización, derechos, modernización, igualdad de oportunidades, progreso, inclusión social, integración cultural, reconocimiento estatal, en fin, una cadena de eslabones afines a los ideales liberal-democráticos. Convencido de los daños ocasionados por un modo de investigar una experiencia histórica que la mirada progresista familiariza, me interesa reproponer el punto de vista a partir de una problemática diferente. No faltan cuestiones que desafían el tablero de la imaginación histórica evolutiva. La conflictividad de clase o los circuitos del capitalismo local, así como el antagonismo político, son entradas viables. En efecto, desgarran las costuras ordenadoras del andarivel de la modernización difícil o de la democratización atribulada. Por otra parte tampoco me satisfacen las explicaciones populistas, discursivistas o sustancialistas que dispensan a la complejidad de una subjetividad política de su dominación constitutiva. Se trata de indagar, en cambio, planos de la experiencia histórica en que política, lucha y dominio expliciten la peronización de la clase obrera, sin por eso suponer un destino o una identidad desviada por la novedad de 1945. Esta revisión del paradigma progresista se habilita con las figuras adoptadas por el deseo, el erotismo, la pasión, el sentimiento y el amor, todas participantes de un ardor simbólico-corporal llamado sexualidad. Tales figuras—cernidas en su historicidad tras la crítica foucaultiana—parecen especialmente útiles para mostrar que en las experiencias históricas no hay sentido final, destino o progreso, que ninguna verdad se realiza ni hay esencia por descubrir. El deseo no lleva a ninguna otra parte que a su satisfacción o a su frustración. El amor desconoce etapas de la modernización, aunque se construya en los procesos sobre los que el pensamiento progresista filosofa. El erotismo nada sabe de ascensos de la Democracia o del Derecho. La sexualidad, en suma, es la potencia que interrumpe las pretensiones del Progreso, la Inclusión y la Normalidad.⁹

⁹ Al respecto, remito a trabajos míos de discusión historiográfica: *El sexo de la historia. Intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000; *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*, Buenos Aires, Herramienta Ediciones, 2012; y a momentos del volumen escrito en colaboración con Nicolás Quiroga, *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012.

La sexualidad bordea la naturaleza y se aleja de ella arrastrando una extrañeza que hace más atractivo su disfrute. Es que puede dispararse hacia costas inesperadas y peligrosas, incontrolables. Ese límite inalcanzable llamado goce nos lanza a lo real de las historias. Y sin embargo, lo sexual y su temporalidad inconsciente no son fuerzas exteriores a lo social, previas a la dominación. Justamente, mi conjetura central es que en los años peronistas sus peripecias se ordenaron a la sombra del Estado, o más exactamente, de la emergencia del Estado como forma simbólico-material coextensiva al primer peronismo. La entrada que he creído más reveladora de ese mestizaje de sexualidad y Estado es la plasticidad histórica de las atribuciones culturales de la diferencia sexual, es decir, el género.

La cuestión de género emerge así como un cuestionamiento del entendimiento historiográfico habitual, ya más que como una asimilable “categoría útil”. No por eso, espero, conduciré una investigación deshistorizada. Más bien ensayaré en la práctica otra noción de “historia”. Rastrear las interferencias entre sexualidad, género y política habilita comprender una pauta de cambio que llamo *mutación*, un concepto central de la comprensión histórica. Una mutación es colectiva e inconsciente; su eficacia suele ser retrospectiva. En contraste con las ideologías historiográficas del progreso y de la modernización, apelaré a las mutaciones generadas en planos de conflicto forjadores de nuevos grafos subjetivantes.

Un caso paradigmático de mutación histórica es la producción de un sentimiento ideológico. Destacaré el carácter sentimental y erótico en la conformación del peronismo en la clase trabajadora, subrayando que no hay sentimiento sin sexualidad. La evacuación de lo sexual en lo sentimental es lo que supo quedar de lado en el lema católico de que “el peronismo es un sentimiento”. Desde mi punto de vista esa frase de apariencia baladí adquiere sentido si está íntimamente enlazada con la cuestión sexual.

Justamente, una de las maneras de decir “peronismo” es establecer su nexo entre sexualidad y erotismo, entre deseo y Estado, entre pueblo y goce. De tal modo, el peronismo se precisó como ideología en cuanto redescubrió el sentido de la realidad invistiendo con la ambivalencia propia de los sentimientos sus objetos e instituyendo su nueva calidad. Al componer ese bastidor de la realidad no solo instauró circunstancias muy concretas del devenir peronistas en los sujetos; también determinó a su contraparte del sentimiento, el odio antiperonista.

A pesar de las innumerables discusiones en torno del concepto marxista de ideología, su núcleo no es sino éste: la atribución de una coherencia simbólica a la diversidad discontinua de lo real forzada por la abstracción capitalista. En otras palabras, una operación es ideológica cuando ordena la experiencia en una realidad entendible, con “sentido común”, con una coherencia concreta. Cuando percibe una realidad incontrovertible, el sujeto ya está capturado en una jaula ideológica. Porque no hay una experiencia consistente y continua en la que debamos guarecernos de la enloquecida ausencia de una realidad inequívoca. Lo que aludimos por locura, esto es, el sinsentido, la ambivalencia, la discontinuidad, la fractura de la realidad en mil pedazos lacerantes, eso, es lo real. El antídoto, lo que nos hace sentirnos seguros y pertenecientes a un Orden, eso es la ideología. Sucede sin embargo que el acontecer ideológico participa de la realidad. Pero entonces, ¿cómo reconstruir el ordenamiento sin suponer lo que debe ser explicado? Pienso que al respecto los preciosos saberes provistos por las narrativas historiográficas son insuficientes.

En contraste con las narrativas de la continuidad, toda crónica está compuesta por cortes, planos en intersección y desplazamiento. Hay en ella, aparentemente, una cierta crisis con la forja simbólico-imaginaria de una realidad unitaria. La socialización específica de la sociedad capitalista, en la cual la coordinación de temporalidades es fundamental para ordenar lo real en torno del modo de producción y circulación mercantil, conduce a atribuir continuidad a la experiencia. La soberanía del Estado es su traducción institucional, aunque al respecto es decisivo evitar cosificaciones que velen el espinel contingente de su potencia. Mi tesis sostiene, lo adelanté, que el peronismo generó una redescipción de la experiencia en la clase trabajadora, un proceso que involucró a la vez prácticas singulares de lo emocional y un entramado de interpelación estatal. La crónica aquí propuesta no se restringe a un relato parcial ni a una secuencia inconexa de fragmentos. Avanza explorando el intervalo entre los planos de la experiencia y la reconstitución simbólica de un orden imaginario de lo real que conocemos como peronismo. La tensión entre las tres dimensiones nunca será suturada en una fórmula armónica. Juan Perón la deseó en la horma de una “comunidad organizada”. Pero esa fórmula nacional-católica era inadecuada ante una sociedad que ocultaba mal sus contrariedades, tan numerosas como las fuerzas de su integración.

El alcance espacial del análisis realizado en este libro es usualmente el de Buenos Aires. Esto no significa que se trate de una problemática porteña, con

todas las implicancias valorativas que ello suele acarrear para la caracterización del tema y las preguntas dirigidas al archivo. Es correcto poner en cuestión el centralismo porteño también en la historiografía. Pero Buenos Aires está lejos de ser una entidad histórica radicalmente separada del resto del país. Justamente, mostraré las fisuras que persistían en los entretelones de los discursos de la modernidad y la justicia social del presunto vector urbano de la modernidad argentina.

Con justificación se observará una discontinuidad y parcialidad en los cortes ofrecidos, una puntualización enfática sobre nudos singulares. Solo en apariencia este método renuncia de antemano a la explicación por “leyes” o a la narrativa de la “totalidad”. Por el contrario, ofrezco esta crónica juzgando que la realidad social de una época revela su densidad y eficacia en una constelación de nudos problemáticos, entre los que dirime su conflictividad básica. En esos nudos se condensan cuestiones cruciales y se desplazan asuntos a primera vista distintos; y son los que habilitan aquello denominado por Freud “elaboración secundaria”, *sekundäre Bearbeitung*. Freud lo pensó primero para las formaciones de lo inconsciente en la vida cotidiana (recuerdos encubridores, sueños) y luego en *Tótem y tabú* lo extendió a los procedimientos de construcción de formas culturales.¹⁰ La extensión que propongo la conduce a las formas sociales, en las cuales la dinámica de “lo impensado” caracteriza al predominio de la lógica del capital (tema sobre el que casi no trataré; supondré su eficacia en la mediación social de la subjetividad).

La noción de forma no debería conducir a pensar que el primer peronismo fue una sucesión de acontecimientos arbitrarios vinculados por el nombre de “Perón”. Una afirmación teórica fundacional de esta crónica revisionista del peronismo es que en su década inaugural el peronismo configuró una grafía de subjetivación perdurable a través de sus mutaciones. La he anticipado como la trama emotiva, bajo el emblema de Warburg. Hay otras enunciaciones afines, seguramente más yermas que la sutil experiencia histórica: la *Urform* de la morfología en Johann W. Goethe, la “célula básica” en Marx, o el fractal en Benoît Mandelbrot, todas postulan que la multiplicidad

¹⁰ S. Freud, *Die Traumdeutung* (1900), en *Studienausgabe*, ob. cit., Vol. 2, Cap. 6, p. 507 y ss.; *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* (1901), en *Gesammelte Werke*, ob. cit., Vol. 4; *Totem und Tabu. Einige Übereinstimmungen in Seelenleben der Wilden und der Neurotiker* (1912-1913), en *Studienausgabe*, ob. cit., Vol. 9.

de la realidad remite a desarrollos, montajes o figuraciones a partir de un arquetipo o forma continente de una tensión constitutiva. Según Goethe toda la planta se compone del desarrollo del prototipo originario que es la hoja; para Marx, en la forma básica de la mercancía está planteada la contradicción esencial que se despliega hasta encarnarse en el mercado mundial; Mandelbrot define un objeto fractal como aquel cuya forma geométrica es similar a la del objeto del que es parte. Lo extraordinario de esta manera de pensar es que antes de simplificar lo real abre el camino a conocer su inagotable complejidad.¹¹

Presiento una impugnación desde una historiografía quizá ya suficientemente circunspecta ante las precedentes referencias psicoanalíticas: la experiencia humana no puede ser asimilada a los objetos de las ciencias naturales. El resultado metódico de mi investigación me enseñó, sin embargo, que es decisivo descubrir la “célula básica” cuya complejización retiene el meollo de la subjetivación peronista.

¿Cuál fue la forma originaria de la subjetivación peronista en la clase trabajadora? Compuso una matriz fractal organizada por cuatro términos de adiverza mítica: Estado, sexualidad, Perón e identidad política. Esos términos coagularon en un sentimiento ideológico de –hasta donde podemos observarlo hoy– mediana duración. Su materialización mejor documentable se encuentra en las cartas enviadas al presidente Perón hacia 1950. Sus modulaciones socioculturales y condiciones de posibilidad se expresaron en materias como la madre soltera y la homosexualidad, la prostitución y la épica futbolística, todas reverberaciones del deseo con presencia polémica en tiempos de aparente contingencia. ¿Cómo se vinculó lo subjetivo y privado con lo político y público? La respuesta a esta pregunta es el enigma que esta crónica pretende responder.

El capítulo 1 introduce la aparición de las mujeres migrantes en los inicios del peronismo. El tema de las “bases sociales” del apoyo popular al peronismo fue desplazado en las últimas décadas debido a las falencias de su planteo sociológico inicial. Recientemente la materia ha resurgido pero traducido al molde de una historiografía cultural que estudia representaciones

¹¹ J. W. Goethe, *Die Metamorphose der Pflanzen* (1790), Berlín, W. Junk, 1924; K. Marx, “Die Ware”, en *Das Kapital*, Vol. 1, en *Marx-Engels Werke*, Berlín, Dietz, 1960, Vol. 23; Benoit Mandelbrot, *Les objets fractals. Forme, hasard et dimension*, París, Flammarion, 1973.

e imágenes circulantes en discursos. A los esclarecimientos ofrecidos por esa exploración necesaria es preciso añadir una indagación que restituya la experiencia popular irreductible a las solas representaciones. Las injurias e interpelaciones incorporadoras de que fueron objeto en la época no agotan la experiencia femenina y obrera de la migración interna. Esas presencias de personas con otras culturas y colores, con otros hábitos, interactuaron con una sociedad que estaba lejos de haberse estabilizado. De hecho, el peronismo manifestó e imprimió nuevas fisionomías a unas relaciones sociales en fragua, contradictorias y nunca pacíficas. Justamente en esa fluencia las mujeres migrantes expresaron, quizá de manera más precisa que los varones proletarios, las encrucijadas de una Argentina urbana en inesperada mutación.

El capítulo 2 avanza un paso más sobre el mismo meollo argumental. Las trabajadoras del “servicio doméstico”, figuras enigmáticas a la vez despreciadas y temidas, han quedado desdibujadas en la memoria del peronismo detrás de la preeminencia del trabajador varón. Las “sirvientas” soportaron y actuaron en una tensión social que no ha logrado una adecuada visibilidad textual en los estudios históricos. Fueron con frecuencia reducidas a complementos menores del “cabecita negra” mientras que, según mi labor de archivo, su calibre en la experiencia de clase fue en ocasiones mayor. Sus vivencias de clase y de género, enhebradas con las clasificaciones culturales de raza, configuraron una cuestión importante por el modo en que evidenciaron bisagras sexuales y morales ceñidas al sentimiento ideológico aquí investigado. Por esto las trabajadoras domésticas son protagonistas cardinales de este libro: ellas pusieron en contacto y en tensión clases sociales, sexos, orígenes geográficos, trayectos migratorios, géneros, adscripciones raciales, conexiones familiares, atribuciones culturales, y también emociones políticas. Se trata de un agente histórico expresivo de las mezclas entre clase, política y sexualidad tal como fue vivida en la experiencia obrera, no en tanto concavidad existencial incomunicada, definida por una esencia intrínseca, sino inserta en las relaciones sociales. Las trabajadoras vivieron en el filo de la cotidianidad familiar y las lógicas objetivas de la sociedad clasista. Veremos las distancias que aquella cotidianidad mantuvo frente a las representaciones sociales vigentes y el modo en que el peronismo las quiso integrar. Pero también la manera en que las “sirvientas” fueran encasilladas dentro de lo otro peronista. Finalmente, el desarrollo del capítulo abona al cuestionamiento decisivo de una frontera nítida entre lo público y lo privado, un borde que las trabajadoras domésticas atravesaron permanentemente.

El capítulo 3 introduce el tema, hasta entonces solo aludido, de la madre soltera. Analizaré su presencia histórica en el espacio de representaciones cinematográficas. Lo haré a través de la lectura de una selección de películas protagonizadas por la estrella de cine más popular de entonces: Tita Merello. Con ese análisis quiero destacar que en los entresijos de formatos tan estandarizados como los melodramas de madre en el cine los dilemas de una vida familiar problemática no fueron allanados por los discursos familiaristas y normalizantes. Es que ni el saber médico-jurídico, ni los planes estatales para organizar la sociedad desde una célula familiar integrada, reflejaron las fracturas habituales en las relaciones eróticas y del parentesco entre la clase trabajadora. Esa existencia difícil mantuvo un vínculo complejo con el peronismo en el gobierno. En cierto modo, su estrategia de la “justicia social” inspirada por los ideales católicos y corporativistas estaba destinada a colisionar con una sensibilidad popular múltiple y hasta rebelde para amoldarse a esquemas preconcebidos. El relativo éxito cinematográfico para conectar ambos planos constituyó un bloque ideológico de resonancias morales, emparentado con una sentimentalidad discursiva que se haría convicción transmitida en el tiempo. El desorden familiar perceptible en el celuloide continuó vigente en 1955 revelando hasta qué punto el desafío de la integración o democratización permanecía abierto a inflexiones significativas.

El capítulo 4 estudia una dimensión subterránea del sentimiento peronista. Su objeto adopta a las representaciones del fútbol en el seno de una más amplia vigencia de las atribuciones de género y sexualidad. El concepto fundamental empleado es el de homoerotismo, la conjugación de deseo entre varones tal como se despliega en las imágenes futbolísticas y constituye un modo de entender las dinámicas de lo impensado: en el deporte pero también en la política. Así como los hinchas que aman a los hombres, en la estructura del sentimiento peronista el amor por Perón puede ser desgajado de la genitalidad inmediata entre cuerpos para derramarse en formas identificatorias entre sujetos. La credibilidad de esa conjetura se dirime en el hallazgo de un acaecer que resuena en dos momentos diferentes. Así propongo develar en la película *El hincha* (1951) una reiteración desplazada, pero reconocible, de un 17 de octubre en miniatura. En la pequeña movilización del film no se pide la liberación de Perón. Se reclama la inclusión de un crack en el equipo de un club de fútbol. Pero la estructura de la relación homoerótica y el gesto colectivo de la demanda es común. Comienza entonces a revelarse

un rasgo freudiano del “sentimiento peronista”, su reprimida trastienda que en términos actuales se identificaría como *queer*.¹² Su “perversidad polimórfica” no fue sino la potencia plástica de investimiento subjetivo e ideológico, rebelde a encasillarse en los moldes sencillistas de la “comunidad organizada”. Al respecto es decisivo recordar la ambivalencia del sentimiento, esa dialéctica espesa donde la otra fuerza combate como los fanáticos en los rancheríos de Canudos. La fluidez de investimiento genera como repudio un contragolpe autoritario.

El capítulo 5 produce un giro en el análisis del homoerotismo y procura reconducirlo a una argumentación de historia social para concebir en otro plano la recién mencionada ambivalencia. Derivado de un escrito producido en colaboración con Pablo Ben, indaga la consolidación de la sensibilidad homosexual en el contexto de una mutación social y económica. Ciertamente, esa naciente identidad es incomprensible sin la consideración de cambios y continuidades acontecidos en el andar de las décadas precedentes. Pero también precipitó una ruptura vinculada con la aparición de una sociabilidad homosexual, tal como ocurrió en la Buenos Aires de postguerra. La novedad estuvo lejos de un advenimiento pacífico. Durante el primer peronismo tuvo lugar en el marco de un despliegue social de la juventud como etapa de la vida ahora accesible, al menos parcialmente, a la clase trabajadora. El fenómeno de las *patotas* rastreado desde principios de siglo adquirió una virulencia notoria e interesó a la circulación pública de varones en busca de sexo. Hacia 1954 el peligro de las *patotas* y los *amorales* (esta última una categorización imprecisa que incluía a los homosexuales dentro de un abanico bien heterogéneo de *otros*) se contrajo en una misma situación conflictiva: la crisis entre el peronismo y el catolicismo. No fue, con todo, un evento incomprensible en

¹² Coincido con Judith Butler y Tim Dean respecto de que Freud inaugura un camino para la subversión *queer* del dispositivo de la sexualidad, aunque admito voluntariamente que el tema requiere mayores desarrollos. J. Butler, *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997; T. Dean y Christopher Lane, eds., *Homosexuality and Psychoanalysis*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 2000. Otras actitudes teóricas en Michel Foucault, *Histoire de la sexualité. Vol. 1, La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976; David M. Halperin, *Saint Foucault. Toward a Gay Hagiography*, Nueva York, Oxford. University Press, 1995; Didier Eribon, *Une Morale du minoritaire. Variations sur un thème de Jean Genet*, París, Fayard, 2001. He ensayado una discusión del diferendo en “El psicoanálisis y la teoría *queer*: entre la historicidad del orden simbólico y el más allá de la perversión”, en *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, N° 11, diciembre de 2005.

una gramática política en la cual las atribuciones de precarios emblemas de sexo, género y deseo fueron espolones en el conflicto en curso.

El extenso capítulo 6 aborda el mismo tema en una escala diferente. Ensambla la imaginación estatal que el peronismo expandió en su proyección de un capitalismo nacional y el sentimiento ideológico básico en la afirmación de su hegemonía. Se verá allí la postulación de una mutación crucial en la configuración de la estatalidad en la Argentina. Mi hipótesis es que la subjetivación del Estado en la clase trabajadora, esto es, su inscripción como categoría vivida, pensable, adquirió prestancia nacional durante el primer peronismo. Ese acaecimiento parteaguas de la política argentina ha sido parcialmente estudiado en la bibliografía especializada al dar cuenta del crecimiento estatal, de la intervención gubernamental en la economía o en la salud pública, así como al reconstruir las interpelaciones ideológicas por parte de Perón o la propaganda estatal. Lo que el capítulo viene a aportar al respecto es una visión de la otra faceta que el lenguaje objetivista denomina “la expansión del Estado”. En efecto, en las explicaciones por otra parte bien pertinentes de las transformaciones institucionales y económicas del Estado, así como en los análisis de los vectores discursivos del peronismo, se echa usualmente en falta la manera en que tales novedades fueron incorporadas, traducidas a un lenguaje social en parte previo y en parte alterado por el propio advenimiento del peronismo. Una vez transitados los capítulos anteriores, entonces trataré de perfilar las figuras discursivas en las “formas cotidianas de formación del Estado”. Los usos del psicoanálisis visibles en tramos precedentes adquirirán en el sexto capítulo un alcance interpretativo mayor, pues la subjetividad que puede concebir al Estado es explicada a través de una identificación con Perón. O más exactamente, con el doble cuerpo de Perón en tanto individuo y en tanto hombre de Estado. Prosperó un plexo significativo de raigambre política que nombré con un significante pasado de moda: una *imagen* estatal. Eso fue posible por la manera freudiana de operar la identificación: en tanto circula en una representación afectivamente vinculante. La utilización extensiva de cartas enviadas a Perón y al Estado peronista tiene una importancia que no es solo erudita: revela la escena de la escritura en que el género epistolar constituyó un ejercicio de configuración político-subjetiva. Estoy convencido de que la escritura y envío de cartas posee una importancia básica en el primer peronismo, y continuará poseyéndola, de otro modo, después de 1955.

Los múltiples entramados del amor y el erotismo en sus valencias más fluidas, investigadas en los cortes precedentes, convergen no sin desigualdades en ese momento en que una lengua del afecto permite comprender un concepto tan abstracto como el de Estado. Las consecuencias de esa dinámica de lo impensado excedieron las aspiraciones políticas inmediatas de las fracciones políticas. Por cierto que el peronismo en el gobierno, y Perón más que nadie, tuvo una *política de Estado*. Sin embargo, las figuras adoptadas en su fragua obedecieron a inéditas coagulaciones identificatorias, incompatibles con una manipulación sencillamente instrumental, desde arriba o externa. Anticipo el reproche de invisibilización de Eva Perón y lo femenino en este capítulo decisivo de mi análisis. En modo alguno pienso que ese estudio, sobre el que se han propuesto varios *insights*, sea irrelevante. Por motivos que no puedo anticipar en el complejo peronista el patriarcalismo como verdad simbólica subordinó la potencia del cuerpo y deseo femeninos.

Que la fuerza de las cuestiones ligadas al erotismo, la familia y la sexualidad deben ser entendidas como una dimensión efectiva de la realidad histórica epocal, ese es el objetivo del capítulo 7. En él se reconstruyen los entuertos de la sexualidad en el filo de la política que recorrieron la década peronista. Tres cuestiones principales—la prostitución, la filiación y el divorcio—son rastreadas en el tránsito del decenio con el fin de explicar su disponibilidad para la puja ideológica. Antes que oportunidades de una democratización galopante, más o menos atribulada por espíritus retardatarios o tímidos, constituyeron dilemas de cómo regular las relaciones sociales e interindividuales. Estuvieron incrustadas en la generación de los idiomas políticos pues estaban ya vigentes en su gramática.

El epílogo sintetiza los entretelones emocionales y políticos del peronismo una vez cerrado con violencia su primer ciclo. Lo alcanzado tras una década apasionante se revelará desprovisto de un sentido predefinido, de una democratización aguijoneada por sus percances, de una modernización modesta. No tanto porque sea equivocado detectar pasajes como los mencionados en una filosofía de la historia nativa. Más bien porque en 1955 se había clausurado el acto inaugural de una crónica mayor—el concierto agonal de las clases sociales en las torsiones capitalistas del espacio argentino—cuyos pormenores estaban por ocurrir. De ese arco histórico que nos alcanza hasta hoy el primer peronismo no fue antesala ni preámbulo. El ciclo inicial del peronismo tuvo su propio dramatismo, y será sobre las muescas de su filigrana que intentaré reconstruir las fuentes de una inquietud inacabada.

Aclaración general: las publicaciones periódicas cuya ciudad de edición no se indica aparecieron en Buenos Aires; mis supresiones y aclaraciones en las citas textuales de fuentes fueron añadidas entre corchetes []; los nombres de las personas privadas obtenidos de documentos primarios –especialmente los materiales policiales, penitenciarios, clínicos y la correspondencia con Perón de 1951-1952– fueron en ocasiones modificados para preservar el anonimato; los errores ortográficos en los extractos de fuentes no han sido en general corregidos pues son significativos para captar las inscripciones educacionales y sociales de los enunciadores.

Agradecimientos

La investigación general fue encarada hace ya muchos años para conversar con León Rozitchner sobre psicoanálisis, marxismo y política en la izquierda argentina. Mi demora en la escritura y la llorada muerte de Rozitchner impidieron que el mensaje llegara a ese puerto. Este libro es también una reescritura en intensidad de mi tesis doctoral, cuyo jurado compuesto por Maurizio Gribaudi, Oscar Terán, José Luis Moreno y Patrice Vermeren, prodigó comentarios que facilitaron repensar su nueva factura. Las ideas de Gribaudi sobre el saber histórico han sido esenciales para captar el sentido de otro modo inefable del acontecer. El título es desde luego una cita de Manuel Vázquez Montalbán, cuyo libro leí en la casa de mi colega y amiga Paula Halperin. Susana Bianchi acompañó mis preocupaciones con sabiduría, conocimiento del oficio historiador y agudeza intelectual. En diversos tramos de estos textos, los consejos de Nicolás Quiroga siempre fueron demandantes de mejores argumentos. Los de Isabella Cosse, Valeria Manzano y Pablo Ben respecto de algunos fragmentos han permitido plantear cuestiones que habían escapado al tamiz inicial. Al profesor Ben adeudo además el haber accedido a la reproducción de algunos pasajes de un texto escrito en colaboración hace ya un tiempo. A Daniel James el facilitarme el texto borrador de su ensayo en colaboración con Mirta Lobato sobre Loreto y Berisso, y a Patrick Dove el acceso a sus textos sobre “Las patas en la fuente”. Los estudios de mis colegas de la Red de Estudios sobre el Peronismo estuvieron sobre mi mesa de trabajo como referencias obligadas. Con los integrantes del “UBACYT” hemos discutido temas presentes en este volumen: Esteban Campos, Valeria Caruso, Hernán Comastri, Juan Pedro Denaday, Mariana Garzón Rgoé y Bárbara Maier. A Raúl Carioli de Prometeo Libros le debo gratitud por la confianza en mi trabajo y la espera de su postergada redacción definitiva. Ninguna de las personas nombradas, sin embargo, es responsable de los quebrantos en mi razonamiento ni de la porfía con que he labrado este camino.

CAPÍTULO I

Mujeres migrantes en los orígenes del peronismo

Introducción: las mujeres y la sociabilidad urbana

Esta crónica investiga el primer peronismo con un sesgo teórico: fue un acontecimiento *social*.¹³ En otras palabras, no se concentró en un aspecto de lo real. Se constituyó en el tranco de la reforma de la “sociedad” como tal. El “se” recién escrito es decisivo pues entraña una condición “moderna” del acontecer histórico, su carácter cosificado y objetivo. El propio peronismo—antes que un aristotélico “primer motor inmóvil” generador del cambio—se configuró en el crisol de una mutación histórica. No fue solo un efecto de ideas o decisiones de Juan Perón, ni de la estrategia del sindicalismo obrero o del automovimiento de la clase trabajadora, ni de la industrialización o del antiperonismo, como tampoco de las migraciones “internas”. Como acontecimiento *nacional* sus eficacias innovadoras fueron desiguales y ambivalentes. Pero si la Argentina ya no fue la misma con el advenimiento del peronismo, su comprensión es inviable sin ensayar lo imposible, esto es, explicar la totalidad social de la época. Sin embargo no estamos inermes frente a lo imposible.

Ante la insuficiencia de la búsqueda de una clave única de explicación, la construcción de un aparejo transversal entre las condiciones dadas, las prácticas y las representaciones habilita un diálogo con las interpretaciones fundacionales. Al respecto estoy convencido de que a pesar de tantas revisiones y críticas a él dirigidas, quienes investigan el peronismo con alguna responsabilidad intelectual no pueden dejar de dialogar con el sociólogo Gino Germani.

La discusión sobre las “bases sociales” del primer peronismo permaneció atascada desde mediados de la década de 1970. Germani había planteado

¹³ Una versión previa de este capítulo se publicó en *Anuario del IEHS* (Tandil), N° 23, 2008.

veinte años antes que el peronismo tuvo como sostén social y psicológico la incorporación de una población recientemente arribada a la región litoral. Según el razonamiento, un desfase entre la “modernización” socioeconómica y la político-cultural explica la compleja dinámica integradora del peronismo. La “integración” social de la clase obrera se halló a destiempo respecto de sus valores civiles y políticos.¹⁴ En torno del análisis germaniano se desplegó la investigación universitaria sobre el populismo argentino. A principios de la década del setenta la publicación de lecturas antagónicas al enfoque de Germani fue tan notoria que Eldon Kenworthy acuñó el nombre de “las interpretaciones revisionistas del peronismo”.¹⁵

Germani salió en defensa de su posición, no sin producir algunas variaciones notorias, ajustando las dimensiones heterónomas en la conceptualización de las adhesiones populares al peronismo. Los participantes del debate sobre las tesis germanianas, y el propio sociólogo italiano, estuvieron de acuerdo en reconocer que la discusión no avanzaría sin el recurso a nuevas fuentes. En efecto, tanto la utilización de los relevamientos censales como los resultados electorales proveían datos demasiado agregados para iluminar las correlaciones entre clases sociales, orígenes regionales, experiencias de vida y preferencias político-culturales.¹⁶ A lo largo de este libro mostraré que no solo se requería nueva documentación, sino también desandar el enfoque de una modernización problemática como generadora última del peronismo y de sus contrariedades.

Inicialmente había una dificultad fundamental en la idea misma de una *psicosociología* del peronismo y, sobre todo, de su capacidad para suscitar identificaciones populares. Porque si los anclajes en las clases sociales son ineludibles en la explicación de cualquier proceso histórico masivo, también es claro que las dimensiones simbólicas y emocionales de la identifica-

¹⁴ G. Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (1956), en *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

¹⁵ E. Kenworthy, “Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, N° 56, 1975.

¹⁶ Peter Smith, “The Social Base of Peronism”, en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 52, N° 1, febrero de 1972; G. Germani, “El surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 55, 1974, y los trabajos recopilados en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente, Comps., *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.